

Andaba Nasrudín por la concurrida ciudad de Bagdad cuando chocó con otro hombre y ambos cayeron al suelo.

—Perdón —dijo educadamente mientras se levantaba—. ¿Tú eres tú o eres yo? Porque si eres yo, entonces yo debo ser tú.

—Seas quien seas, eres un completo lunático —replicó el otro hombre.

—Es que tú y yo somos de una complexión similar y llevamos ropas parecidas. Pensé que podría haberme confundido en la caída.

FIN